

INMENSO OLVIDO¹ de Alberto Omar Walls

Por Rafael Fernández Hernández

¹ La novela *Inmenso olvido* ha sido editada por La Caja Literaria [2009], y el presente trabajo fue leído por su autor, el crítico y profesor Rafael Fernández Hernández, en la Feria del libro de Santa Cruz de Tenerife, el Sábado, 5 de junio, de 2010.

Decía hace años que lo característico en Alberto Omar es la feracidad estilística, mostrada siempre por encima de la fabulación y del arte compositivo. La tendencia de su narrativa, en las tres primeras etapas que jalonan su obra, esto es, la década de 1970 con *La canción del morrocoyo*, la de 1980 con *Llanto de los caballos de Aquiles* (1982) y *El tiempo lento de Cecilia Hipólito* (1986) y la de 1990, con *El unicornio dorado* (1991) y otros relatos ha sido ir a la búsqueda de ese equilibrio, pero es desde la etapa de 2000 cuando Omar ha encontrado un lenguaje, no ya propio y diferenciador entre los novelistas canarios del «boom» de los setenta, que siempre lo ha tenido, sino distante de las primeras propuestas en que la parodia comulgaba con la tragedia y el absurdo transpiraba en los sueños y en la realidad de sus personajes. De aquellos ingredientes con que cocinaba su original literatura, como la ternura, la crueldad o el sentido aciago, AHORA DESPUNTAN, frente a una realidad cruda y destructora, EL AFECTO TIERNO Y EL AMOR en medio de un universo en el que pululan

seres ambiguos y proteicos, la desgracia junto a la felicidad.

Cuando saludamos la publicación de Soledad Amores (2004), decíamos que si tuviéramos que explicar con palabras sencillas qué representaba aquella novela, diríamos que es una historia novelada en donde el autor pretende mostrar la vida misma. Digo historia novelada porque los personajes se encontraban sumergidos en unas circunstancias muy reales y cotidianas. Sin ninguna duda, y lo sigo afirmando hoy, aquellos seres de Alberto Omar tenían un signo trágico y, por tanto, eran víctimas de un destino azaroso producido por una sociedad llena de prejuicios e hipócrita. Pero también afirmábamos, que, en aquella novela, Soledad Amores, el autor pretendía dar salida a esos sentimientos íntimos, mostrados al lector por la vía de la introspección, que se agitan en el dolor, la soledad y las debilidades morales para los que la principal medicina serán la ternura y el afecto.

Ahora, con esta nueva propuesta, Alberto Omar amplía el campo de su indagación narrativa, abundando en la memoria individual y colectiva, para lo que da voz principal a una mujer madura, universitaria, que vive sola con su perro y que, mientras escribe un diario, nos ofrece, a retazos, el dolor de la vida cotidiana que, al cabo, no es de una cotidianidad gris, serena, sino convulsa, pues en su interior se agita un Etna dentro de su pecho, como escribía Calderón.

Por lo tanto, hablar de Inmenso olvido viene a ser referirnos a esa doble condición testimonial; una especie de vía de doble sentido: las dos memorias que a veces se cruzan y en otras ocasiones discurren paralelas. Para ofrecernos este doble hecho circunstancial, cuyo factor común es Eneida (y aquí entra la habilidad compositiva de Omar), la historia está contada en tres tiempos: uno, que remite a la época estudiantil de la protagonista; otra, a las proximidades temporales del presente; y una tercera que se refiere al de la escritura del diario.

El autor sabe cómo dosificar la información para provocar el esfuerzo de análisis y esclarecimiento que debe aportar el lector, con las necesarias dosis de suspensión del relato, lo que hace más atractivo el conocimiento de la vida de Eneida a través de los cuarenta y tres capítulos de la novela.

Podríamos seguir hablando de estos factores que apuntan a las tripas del relato, hábilmente organizados por el autor, pero lo que querría destacar de Inmenso olvido, entre otros muchos factores, son dos que aparecen ahora en la narrativa de Alberto Omar de forma más explícita: uno es el que se refiere a la voluntad pedagógica del narrador y el otro se aproxima a la presencia de un cierto aire existencialista atemperado por gotas de taoísmo, atraído a este primer decenio de 2000 por causa de la mirada histórica. Ambos, en mi opinión, poseen un

alto grado de funcionalidad ya que ayudan a una construcción más trabada del relato.

Como una línea soterrada y aireada a trechos discurre el venero narrativo de Alberto Omar teñido del existencialismo que le tocó vivir en sus primeros años de lectura seria y crítica. Todos los que pertenecemos por edad a esa misma época estábamos rodeados —podría decirse también, asediados o cercados— por un mundo que dejaba en nosotros gotas o torrentes de vida dolorida, de existencia hecha jirones, como le acontece a estos personajes femeninos de Alberto Omar.

Para sostener el edificio ideológico de la novela, cuya escueta formulación, y, por tanto, limitativa e injusta, sería el convencimiento de que el dolor y las injusticias de la vida —de esa bulla del mundo exterior, diría uno de los personajes de Omar— se enjugan con el amor y la ternura (como podemos observar, volvemos a Soledad Amores pero desde otra espiral de desarrollo narrativo), el autor hace un cierto ejercicio de pedagogía que se abre en tres frentes: aprender del dolor para salir de él; aquietar el espíritu y la voluntad de vivir mediante la compasión; y administrar, como pequeñas recetas, la experiencia intelectual, artística y literaria de unas pocas personas en las que cree firmemente Alberto Omar (Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Lao Tsé, etc.) y con las que dialoga, incluso consigo mismo, convertido en dos ocasiones en apóstrofe del relato.

A lo largo de todos los capítulos, el autor deja un rastro para que sigamos, sin perdernos, el tránsito de la protagonista, Eneida, desde el desvalimiento a la recuperación del equilibrio emocional, aceptando siempre que se vive en el mismo desequilibrio, hasta el sentimiento compasivo por todo lo que es. Esa estela viene siempre condicionada por unos elementos que podríamos llamar situacionales o referenciales, y que nos permiten -dentro de la ambigüedad exigible a una narración contemporánea- rastrear aquellas «dos memorias».

En su tormenta interior, Eneida siente en sí la presencia de otro yo que se asoma desde el inconsciente a su mundo de vigilia a través del mal del sueño y del sonambulismo. Con esto, el autor pretende ir definiendo a su personaje «en su dolor». De ahí que ella diga «Parece que hoy, aquella que me vive mientras duermo, ha venido a retomar el timón de mi existencia.» Y nos ofrece otra información necesaria - aunque en sí misma insuficiente- para entender por qué el lector tiene en sus manos un libro conteniendo una historia determinada: «Esta es una de las razones por las que necesito escribir mientras me sea posible permanecer despierta.»

Pero lo que escribe en lo que ella llama «diario de sensaciones» no tiene destinatario alguno fuera de ella misma, la escritura es una indagación, un fin en sí mismo para aclarar sus fantasmas: los que vienen del pasado entre los jóvenes universitarios de los años 60

y aquellos otros que proceden del mismo presente. La escritura para ella es un elemento identitario: escribo «para saber quién soy, para poder estar tranquila. Dolerme para sanar.»

Ya en el capítulo II se produce una carga de gran intensidad que reorienta el relato: a cinco meses de jubilarse sufre una violación por cuatro adolescentes. Este hecho, que es esencial en el perfil de Eneida, en la configuración de carácter, en cuanto al dolor que la vida le produce, adquiere su sentido exacto por comparación con otro hecho que ocurrió cuarenta años antes, mientras estudiaba en la Universidad de La Laguna. La historia, a la vez que se amplifica, incrementa la tensión y desciende el índice de esperabilidad de ciertos acontecimientos, lo que incrementa la suspensión del relato. Lo cierto es que esta circunstancia se impone, sirve para dar más significado a otro dolor que viene del pasado. La función de la escritura reside también en sacar el dolor del fondo del recuerdo y transformarlo en un ensayo del olvido (como dice Alberto Omar en algún momento), aunque en realidad no se olvide, sino se transforme en otra cosa que aún ella no sabe y que el lector descubrirá al final de la novela. Por eso Eneida se pregunta: «¿Y por qué escribo sin saber adónde llegar?»

El personaje de Palmira, voz que acompaña los monólogos de Eneida, es altamente funcional, ya que permite que la protagonista se aclare en la búsqueda

de sí misma, en ese viaje a lo arcano de su mundo íntimo y a lo práctico exterior. Es una compañera de viaje, mediante la cual el autor hace pedagogía del buen vivir en una realidad que es lo es y no lo que deseamos sea. Por ejemplificar mucho las cosas, Palmira representa, en diversas ocasiones, el Sancho de Eneida cuando ella su Quijote. Los valores del loco de la Mancha —a través de la locura— imponen su bonhomía, como los de Eneida se irán conformando en los años de madurez, ya viuda y sola. Palmira, la que, desde su impassibilidad aprendida, ha enseñado a Eneida que la vida hay que sentirla como una necesidad, también está sometida a debilidades. Ese contraste coadyuva a que Eneida pase del sinsentido vital al sentimiento de estar en paz con el mundo y con los otros.

Otro recurso que utiliza Alberto para actualizar el pasado es el de la fotografía, mediante el cual Eneida nos acerca a sus experiencias en la universidad como antifranquista, rodeada de jóvenes estudiantes, aprendices de escritores, que hablan y beben mucho constantemente. Ese trozo del pasado entra en el presente comounami atronador y deshace las cuadernas de Eneida hasta que, haciendo crisis, resurja de la hecatombe instalándose en la paz, sintiendo la paz rehecha con perdón y con ternura.

Desde la página 32 -momento hasta que el relato mantiene una gran tensión entre escritura y trama- la voz de Eneida pide encontrar una salida

(pirandelliana), desespera y duda de sí misma, se revuelve por encontrar el sentido último de sus actos, alejarse del dolor, hasta que, al fin, haya débiles rayos de luz en los rescoldos de su antigua rebeldía juvenil, traspuestos al presente. El lector, compasivo, como ella con el otro, con los otros, entiende que esa paz siempre estuvo al alcance de la mano de Eneida. Pero, también, comprende lo lejano que está lo que no se encuentra.